

Octavo aniversario del martirio de Monseñor Romero

El 24 de marzo, como todos los años, se ha celebrado el aniversario del asesinato y martirio de Mons. Romero. Y como todos los años, esta celebración ha mostrado por una parte, que el recuerdo de Mons. Romero es algo muy real, que Monseñor sigue vivo en muchos; pero muestra también las tensiones que origina su recuerdo, la sorda o abierta lucha entre quienes quieren mantenerlo vivo y quienes quieren ignorarlo o enterrarlo definitivamente. Y ambas cosas merecen una reflexión.

En primer lugar no se pueden ignorar los hechos. En el extranjero, muchas comunidades, parroquias y grupos de solidaridad recuerdan el aniversario de Mons. Romero como la cosa más natural del mundo, como sagrada obligación de agradecimiento y coyuntura privilegiada para fortalecer la fe, la esperanza y la solidaridad. No hay nada de exageración en afirmar que Mons. Romero se ha convertido en figura universal, en un cristiano y en un ser humano universalmente venerado y universalmente ejemplar, en un hombre para todas las épocas y para todos los lugares. Por ello, en su aniversario muchos lo recuerdan y celebran, y lo hacen, además, a la manera como lo quería Monseñor: recordándole a él juntamente con su compromiso por los pobres de este mundo. Así, en Lucerna, Suiza, el 24 de marzo se unificó a Mons. Romero con el pueblo sufriente de Honduras; en Madrid recordaron a Monseñor y a Nicaragua; en Montreal recordaron a Monseñor y la crueldad de la deuda exter-

na. Monseñor es como una fuerza centrípeta que atrae hacia sí; pero es también —lo cual es señal de que las celebraciones son realmente cristianas— como una fuerza centrífuga que mueve hacia afuera, hacia los pobres de este mundo. En Roma todo esto lo simbolizó muy bien el P. Franceso Cavazutti, sacerdote italiano que trabaja entre los pobres de Brasil desde hace veinte años y ciego desde hace un año a causa de un atentado. "Bendito sea Don Romero," comenzó diciendo en su homilía, para pasar enseguida a poner a producir su recuerdo: los italianos, como los ciudadanos del primer mundo, son responsables de lo que ocurre en el sur del planeta; la riqueza de unos origina la miseria de otros.

En El Salvador se celebró también el octavo aniversario con las tensiones características de los últimos años. Lo celebraron ante todo las comunidades, en vigiliias que tuvieron en varios lugares, ya que no se les permitió juntarse en un solo lugar, en la procesión por las principales calles de la ciudad y en la misa en catedral. Algunos vinieron de lejos, de La Libertad, San Vicente, Chalatenango o Morazán. Y la explicación más convincente para tan largos viajes lo expresaban con estas sencillas palabras: "Queremos rezar ante la tumba de Monseñor."

Lo celebraron también los trabajadores, sindicatos, gremios, comités de madres, etc. En sus mantas y gritos unificaban el recuerdo

Mons. Romero y su propia situación. "En este país no existe la justicia... Hasta ahora no han llevado a la cárcel a los asesinos de Mons. Romero," decía un líder sindical que pocos días antes había recibido una terrible paliza en los cuerpos de seguridad. Los comités de madres cubrieron su tumba con flores blancas y rojas en silencioso agradecimiento a quien en vida defendió a sus hijos, esposos, padres y hermanos.

De muchas otras formas se celebró el aniversario de Monseñor. Una vicaría de la arquidiócesis reprodujo miles de estampas con su figura rodeada de campesinos y una nueva poesía dedicada a él. En un colegio, de la capital cerca de 800 alumnas se reunieron en la eucaristía para escuchar su última homilía dominical: "Cese la represión." Muchos de los llamados internacionalistas, verdaderos samaritanos del pueblo aparecían, mezclados con los salvadoreños, en las vigiliias, eucaristías y procesiones.

Pero añadimos también las celebraciones en las universidades, en la nacional y en la UCA. En la nacional se organizó un acto religioso, no oportunista, sino sincero, como comentó el rector. En la UCA se celebró una eucaristía en la capilla construida en su recuerdo. Todo esto puede parecer evidente; pero lo que hay que recalcar es la presencia masiva de centenares de jóvenes a esos actos. Hacer presente a Dios ante jóvenes de hoy desilusionados o radicalizados, como se dice a veces, no es tarea fácil. Muchas pastorales universitarias fracasan, pero Mons. Romero habla también al corazón de estos jóvenes.

Junto a éstas y otras celebraciones ha persistido en el país el silencio más absoluto sobre Monseñor entre los poderosos: ni el gobierno, ni los partidos políticos, ni la Fuerza Armada, ni la embajada de Estados Unidos han dicho una sola palabra, ni han publicado una sola esquela. Es evidente, se dirá. Pero es una gran desgracia, añadimos; y es una señal de que no mucho han cambiado las cosas en el país desde su asesinato. Que los poderosos "de entonces" no querían a Monseñor Romero

es de sobra conocido. Pero que tampoco los "de ahora" se interesen por él, que no encuentren ahora —en un proceso de democratización, de reformas, de avances, como se dice— nada en Mons. Romero que ilumine las líneas fundamentales de verdad, de justicia, de pacificación y reconciliación nacional no es tan evidente. Si no lo encuentran o no lo quieren encontrar es que, por mucho que digan que han cambiado las cosas en el país, en un punto no han cambiado: no interesa Mons. Romero, no interesa su nítida verdad, no interesa su visión del país desde los pobres, no interesa su condena a la injusticia estructural, al armamentismo y a la intervención de Estados Unidos. Y el caso de la democracia cristiana es todavía más triste. Para nada apelan a Monseñor en sus programas, pero invocan su recuerdo, ya desde las elecciones de 1982, para acusar de su asesinato a sus oponentes políticos. Interesa el cadáver de Monseñor para ganar votos, pero no interesa el Monseñor Romero vivo para iluminar la dirección que debe tomar el país, sobre lo cual tienen responsabilidad directa.

Entre estas dos corrientes, recuerdo e ignorancia de Monseñor, se mueve la Iglesia institucional. La conferencia episcopal como tal no ha promovido ninguna celebración ni ha publicado ningún mensaje o esquela. El arzobispado de San Salvador mantiene la misa en catedral, como única celebración oficial, y permite, aunque no promueve, otro tipo de celebraciones sobre todo si son masivas. El aniversario de Mons. Romero lleva a recordar que "Monseñor Romero es nuestro," en palabras de Juan Pablo II, pero con un análisis excesivamente reduccionista como si Monseñor —no fuera de todo aquel a quien le anima a hacer el bien—, excesivamente triunfalista —como si la arquidiócesis como tal sí le honrara adecuadamente y excesivamente clerical— como si la herencia de Mons. Romero fuera sólo para obispos o sacerdotes. La repetida razón pasa minimizar su recuerdo y celebrarlo con cautela es la manipulación que la izquierda haría de él, pero de nuevo con poco análisis de lo que significa manipulación y de si la

manipulación de la izquierda, supuesta o real, es la única y la peor de las manipulaciones. El clímax de esta tendencia lo ofrece el seminario *Orientación* que en el número del 27 de marzo no ofrece ni un solo artículo, ni una sola foto, ni una sola mención, ni una sola línea sobre Mons. Romero.

Estos son los hechos y, ante todo, el hecho de que se sigue recordando a Mons. Romero. Muchos salvadoreños han recordado a Monseñor. Lo han hecho de forma suficientemente masiva en sus manifestaciones públicas y de forma masiva en la sencillez de sus corazones. Lo han hecho de forma espontánea, no de forma inducida y menos obligada. Lo han hecho de forma variada, comunidades y universidades, salvadoreños y extranjeros, campesinos y estudiantes, parroquias y comités de derechos humanos. Lo han hecho superando dificultades, de desplazamientos y de encontrar lugares para su celebración.

Todo esto no se puede negar. Guste o no, sea o no sorprendente, es así. En conjunto no puede

afirmarse que a Mons. Romero se le recuerda por razones ideológicas o por el voluntarismo de unos pocos que quisieran mantener o hinchar un mito. Mons. Romero permanece vivo y sigue siendo obligado punto de referencia para muchos salvadoreños. Y la primera pregunta que esto sugiere —antes de analizar cómo se lo usa— es por qué. En sí mismo no es evidente que una figura del pasado siga viva con tanta fuerza, y para ello tiene que haber un poderoso por qué. Si se analiza quienes le recuerdan la razón es clara: Monseñor Romero sigue ofreciendo esperanza, ánimo, inspiración, consuelo y dignidad a quienes más sufren a quienes echan su suerte con ellos. Su importancia no reside en que pueda dar respuesta a tal o cual problema concreto, sino en su visión, en su actitud y en su compromiso fundamental con la realidad del país. El decir claramente la verdad, el denunciar valientemente atrocidades y abominaciones, el visitar y animar a los pobres, el arriesgar su persona y su institución en nombre de una radical misericordia, la capacidad de criticar también, con fuerza y claridad, a todos, gobierno, Estados Unidos,



Fuerza Armada, al FMLN y a la Iglesia también, todo ello sigue aportando luz, esperanza, ánimo y consuelo. Valga por muchas la siguiente anécdota. Una madre de Chalatenango, que ha perdido ya seis hijos en esta guerra cruel y despiadada, se enteró de que su séptimo hijo había caído también. Al sacerdote que le dio la noticia y trataba de confortarla, sólo le dijo con increíble humildad y fortaleza: "Sólo le pido que en la misa del 24 mencione el nombre de mi hijo junto con el de Monseñor." Estas cosas no se inventan ni son un producto de la manipulación. Es el reconocimiento de que Mons. Romero es lo más logrado que ha producido este país y esta Iglesia, que fue insigne salvadoreño e insigne creyente. Recurrir a él, es lo natural. Recordarle a él, como en el caso de la madre chalateca, es necesario porque es lo que todavía puede traer un poco de luz y consuelo.

No hay ninguna razón de antemano para negar la posibilidad de que Mons. Romero sigue presente y vivo, y triste sería negarla en la realidad, pues con ello no sólo se le haría injusticia a su persona, sino, lo que es peor, se privaría a todos, a salvadoreños y creyentes y, sobre todo, a salvadoreños—creyentes, de una de las pocas luces e inspiraciones en el actual panorama del país. No aceptar la posibilidad de que también, como se dice en la Carta a los Hebreos, existen testigos de la fe, quienes, después de muertos, siguen inspirando y en quienes hay que tener "fijos los ojos," sería no aceptar que Dios ha pasado por este mundo y que pasó con Mons. Romero.

Desde aquí hay que preguntarse para qué recordar a Mons. Romero y los posibles o reales peligros de su recuerdo. La respuesta más evidente es que hay que recordarlo para seguir poniéndolo a producir. Es esta una oferta para todos, aunque ya hemos dicho que los poderosos lo ignoran sistemáticamente. Indudablemente, poner a producir a Mons. Romero puede hacerse de diversas formas y con diversos intereses. En principio nada hay de ilegítimo en ello y sí mucho de necesario. La Iglesia, los obispos y las comunidades, las

universidades, los trabajadores, incluso el FMLN, con tal de que lo que se recuerde de Mons. Romero sea verdad y no esté falseado y con tal de que, si se recuerda uno de sus aspectos verdaderos, no se lo presente en oposición a otros. Así, se le puede y debe recordar como creyente y como salvadoreño, como arzobispo y como líder social. Y la forma más adecuada de recordarlo es como creyente—salvadoreño, hombre de Dios y hombre de los pobres.

Desde aquí hay que analizar el uso o el abuso, el recuerdo verdadero o la manipulación que hoy se hace de Mons. Romero. Creemos que la mayor de las manipulaciones es relegarlo al silencio, enterrar su cuerpo y su espíritu, pues esto significaría que nada, absolutamente nada de lo que fue Mons. Romero tiene algo que aportar hoy al país. Se lo manipula también si, junto a su recuerdo animante e inspirador, no se recuerda su crítica, su cuestionamiento y su interpelación, a todos: a los movimientos populares y al FMLN, a las universidades y a los comités de derechos humanos, a las comunidades de base y a la Iglesia. Cerrarse a la dimensión crítica de Mons. Romero es no hacerle justicia y privarse de un gran profeta cuya crítica estaba dirigida en último término a defender la verdad de los pobres y promover su vida.

Se puede, pues, manipular a Mons. Romero; y dado como somos los seres humanos, es posible que todos lo hagamos de alguna forma. Pero hay que analizar y jerarquizar la posible manipulación: desde el silencio, como la mayor de ellas, hasta la selectividad reduccionista en su recuerdo. En cualquier caso, lo más triste sería que por miedo a la manipulación no se fomentase su recuerdo, que por miedo al mal uso no se fomentase el buen uso de Mons. Romero. Y el mejor de los usos es poner a producir su doble realidad de salvadoreño y de creyente, de promover todo lo que sea justicia, paz y reconciliación, y todo lo que sea fe en el Dios de los pobres, seguimiento de Cristo crucificado y radical amor a los oprimidos de este mundo.

J. S.